

maravilla, respondió Sancho; porque los diablos, jueguen ó no jueguen, nunca pueden estar contentos, ganen ó no ganen.—Así debe de ser, respondió Altisidora; mas hay otra cosa, que tambien me admira (quiero decir, me admiró entonces); y fué, que al primer boleto no quedaba pelota en pié, ni de provecho para servir otra vez; y así, menudeaban libros nuevos y viejos, que era una maravilla. Á uno dellos, nuevo, flamante y bien encuadernado, le dieron un papirotazo, que le sacaron las tripas y le esparcieron las hojas. Dijo un diablo á otro: Mirad qué libro es ese;—y el diablo le respondió: Esta es la *Segunda Parte de la historia de Don Quijote de la Mancha*, no compuesta por *Cide Hamete*, su primer autor, sino por un aragonés, que él dice ser natural de Tordesillas.—Quitádmelo de ahí, respondió el otro diablo, y metedle en los abismos del infierno, no le vean mas mis ojos.—¿Tan malo es? respondió el otro.—Tan malo, replicó el primero, que, si de propósito, yo mismo me pusiera á hacerle peor, no acertara.—Prosiguieron su juego, peloteando otros libros; y yo, por haber oido nombrar á Don Quijote, á quien tanto adamo y quiero, procuré que se me quedase en la memoria esta vision.—Vision debió de ser sin duda, dijo Don Quijote, porque no hay otro yo en el mundo, y ya esa historia anda por acá de mano en mano, pero no pára en ninguna, porque todos la dan del pié. Yo no me he alterado en oír que ando como cuerpo fantástico por las tinieblas del abismo, ni por la claridad de la tierra, porque no soy aquel de quien esa historia trata. Si ella fuere buena, fiel y verdadera, tendrá siglos de vida; pero, si fuere mala, de su parto á la sepultura no será muy largo el camino.” Iba Altisidora á proseguir en quejarse de Don Quijote, cuando le dijo Don Quijote: “Muchas veces os he dicho, señora, que á mí me pesa de que hayais colocado en mí vuestros pensamientos; pues, de los míos, antes pueden ser agradecidos que remediados. Yo nací para ser de Dulcinea del Toboso, y los hados, si los hubiera, me dedicaron para ella; y, pensar que otra alguna hermosura ha de ocupar el lugar que en mi alma tiene, es pensar lo imposible. Suficiente desengaño es este para que os retireis en los límites de vuestra honestidad, pues nadie se puede obligar á lo imposible.” Oyendo lo cual Altisidora, mostrando enojarse y alterarse, le dijo: “¡Vive el Señor, don bacallao, alma de almirez, cuesco de dátíl, mas terco y duro que villano rogado cuando tiene la suya sobre el hito, que si arremeto á vos, que os tengo de sacar los ojos! ¿Pensais, por ventura, don vencido, y don molido á palos, que yo me he muerto por vos? Todo lo que habeis visto esta noche, ha sido fingido; que no soy yo mujer que, por semejantes camellos, habia de dejar que me doliese un negro de la uña, cuanto mas morirme.—Eso creo yo muy bien, dijo Sancho; que, esto del morirse los enamorados, es cosa de risa: bien lo pueden ellos decir; pero hacer, créalo Judas.” Estando en estas pláticas, entró el músico, cantor y poeta, que habia cantado las dos ya referidas estancias, el cual, haciendo una gran reverencia á Don Quijote, dijo: “Vuesa merced, señor caballero, me cuente y tenga en el número de sus mayores servidores, porque há muchos dias

que le soy muy aficionado, así por su fama como por sus hazañas.” Don Quijote le respondió: “Vuesa merced me diga quién es, por que mi cortesía responda á sus merecimientos.” El mozo respondió, que era el músico y panegírico de la noche antes. “Por cierto, replicó Don Quijote, que vuesa merced tiene extremada voz; pero, lo que cantó, no me parece que fué muy á propósito; porque ¿qué tienen qué ver las estancias de Garcilaso con la muerte desta señora?—No se maraville vuesa merced deso, respondió el músico; que ya, entre los intonsos poetas de nuestra edad, se usa que cada uno escriba como quisiere, y hurte de quien quisiere, venga ó no venga á pelo de su intento; y ya no hay necesidad que canten ó escriban, que no se atribuya á licencia poética.” Responder quisiera Don Quijote; pero estorbáronlo el duque y la duquesa, que entraron á verle, entre los cuales pasaron una larga y dulce plática, en la cual dijo Sancho tantos donaires y tantas malicias, que dejaron de nuevo admirados á los duques, así con su simplicidad como con su agudeza. Don Quijote les suplicó, le diesen licencia para partirse aquel mismo dia; pues, á los vencidos caballeros como él, mas les convenia habitar una zahurda que no reales palacios. Diéronsela de muy buena gana, y la duquesa le preguntó, si quedaba en su gracia Altisidora. Él le respondió: “Señora mia: sepa vuestra señoría, que todo el mal desta doncella nace de ociosidad, cuyo remedio es la ocupacion honesta y continua. Ella me ha dicho aquí, que se usan randas en el infierno; y, pues ella las debe de saber hacer, no las deje de la mano; que, ocupada en menear los palillos, no se menearán en su imaginacion la imágen ó imágenes de lo que bien quiere; y esta es la verdad, este mi parecer, y este es mi consejo.—Y el mio, añadió Sancho; pues no he visto, en toda mi vida, randería que por amor se haya muerto; que, las doncellas ocupadas, mas ponen sus pensamientos en acabar sus tareas, que en pensar en sus amores. Por mí lo digo; pues, mientras estoy cavando, no me acuerdo de mi oislo, digo de mi Teresa Panza, á quien quiero mas que á las pestañas de mis ojos.—Vos decís muy bien, Sancho, dijo la duquesa, y yo haré que mi Altisidora se ocupe, de aquí adelante, en hacer alguna labor blanca, que la sabe hacer por extremo.—No hay para qué, señora, respondió Altisidora, usar dese remedio; pues, la consideracion de las crueldades que conmigo ha usado este malandrín mostrenco, me le borrarán de la memoria sin otro artificio alguno; y, con licencia de vuestra grandeza, me quiero quitar de aquí, por no ver delante de mis ojos, ya no su triste figura, sino su fea y abominable catadura.—Eso me parece, dijo el duque, á lo que suele decirse, que *aquel que dice injurias, cerca está de perdonar.*” Hizo Altisidora muestra de limpiarse las lágrimas con un pañuelo; y, haciendo reverencia á sus señores, se salió del aposento. “Mándote yo, dijo Sancho, ¡pobre doncella! mándote, digo, mala ventura, pues las has habido con un alma de esparto y con un corazon de encina: á fe, que si las hubieras conmigo, que otro gallo te cantara.” Acabóse la plática; vistióse Don Quijote, comió con los duques, y partióse aquella tarde.

...de la que a Don Quijote le sucedió con su escudero Sancho yendo a su aldea.

De lo que a Don Quijote le sucedió con su escudero Sancho yendo a su aldea.

Iba el vencido y asendereado Don Quijote pensativo además, por una parte, y muy alegre por otra. Causaba su tristeza el vencimiento, y la alegría el considerar en la virtud de Sancho, como lo había mostrado en la resurrección de Altisidora, aunque con algun escrúpulo se persuadía á que la enamorada doncella fuese muerta de veras. No iba nada alegre Sancho, porque le entristecía ver que Altisidora no le había cumplido la palabra de darle las camisas; y, yendo y viniendo en esto, dijo á su amo: "En verdad, señor, que soy el mas desgraciado médico que se debe de hallar en el mundo, en el cual hay físicos que, con matar al enfermo que curan, quieren ser pagados de su trabajo, que no es otro sino firmar una cedulilla de algunas medicinas, que no las hace él, sino el boticario, y cátao cantusado; y á mí, que la salud ajena me cuesta gotas de sangre, mamonas, pellizcos, alfilerazos y azotes, no me dan un ardite: ¡pues yo les voto á tal, que si me traen á las manos otro algun enfermo, que antes que le cure me han de untar las mias! que el abad, de donde canta yanta; y no quiero creer que me haya dado el cielo la virtud que tengo, para que yo la comunique con otros de *bóbilis bóbilis*.—Tú tienes razón, Sancho amigo, respondió Don Quijote; y hálo hecho muy mal Altisidora en no haberte dado las prometidas camisas; y, puesto que tu virtud es *gratis data*, que no te ha costado estudio alguno, mas que estudio es recibir martirios en tu persona: de mí te sé decir que, si quisieras paga por los azotes del desencanto de Dulcinea, ya te la hubiera dado tal como buena; pero no sé si vendrá bien con la cura la paga, y no querría que impidiese el premio á la medicina. Con todo eso, me parece que no se perderá nada en probarlo: mira, Sancho, el que quieres,